

A mi padre, in memoriam
Recordará, el aprendiz de ese oficio que Cesare Pavese llamaba vivir. esos días (interminables, fatigosos, agobiantes, dolorosos...) de su vida; quizás al evocarlos se conviertan en objeto de añoranza -como todo lo que se desvanece- podría empezar el aprendiz con el desahogo de su conflicto construyendo la frase siguiente: "Durante aquellos días mi único afán consistió en buscar un poco de silencio"... y seguir.

Ardua tarea comparable a esa otra de buscar una aguja en un pajar. Pensé y deseé tanto la palabra silencio... durante minutos que parecían horas y durante horas y horas, que se iban haciendo días. Silencio, del latín *silentium* derivado de *silere*, callar, estar callado. Circunstancia de no haber ningún sonido en un sitio o en un momento. Busqué y busqué el contenido de esa palabra como si fuese un tesoro. Un tesoro puede ser algunos recuerdos, una piedra, un trozo de papel, un desierto, una razón, una isla, un rato de lectura... Tenía conmigo aquellos días la Selección de ensayos y apuntes de A. Camus, la edición inglesa de 1970 de Penguin Books. Uno de los ensayos empezaba: "There are no more desserts, there are no more islands." No hay más desiertos, No hay más islas. No podía ir más allá de esas dos frases. No había manera de encontrar mi Tesoro. En medio del ajetreo de las estaciones de tren y autobuses, en las horas muertas esperando en la sala de espera del hospital donde mi padre agonizaba, yo iluso de mi, trataba de buscar algo tan simple como es, puede ser, un trozo de silencio. Era imposible. Me concentraba unos segundos y de pronto, otra vez la odiosa sinfonía de algún teléfono móvil. Nunca pensé que, en ese ente dictatorial llamado Mercado y que gobierna - a beneficio de las empresas- nuestras pobres vidas de consumo exacerbado y galopante, pudiera llegar a haber tantas y tan variadas ofertas inútiles, tan odiosas algunas fuera de un contexto, en un hospital: el relincho de un caballo, los pajaritos, una jota manchega, el himno nacional, un pasodoble, el llanto de un niño, (bueno vale) una carcajada estentórea, incluso aquella melodía que cantaba Mary Hopkins "Que tiempo tan feliz"... acababan por arruinar mi propósito de un poquito de silencio. Intentaba otra vez evadirme y era imposible porque tras los miles de sonidos variados de los teléfonos portátiles me llegaban los retazos de las conversaciones.

-¡Ay Dios mío! A ver cómo hacemos con la pobre Valentina que su chico se ha roto la espina al caerse del andamio y no la encuentran en ningún lao, a la pobre, con lo que se le junta de su corazón y sus nervios ¡cómo se lo decimos...!

-Tú fíjate, con el gusto que se comió su poco pistejo y luego fue echase la siesta y de que me llamó y pude ir ya estaba vomitando sangre...

¿Cómo substraerse al dolor ajeno? espantar el propio cuando te ahogas. Yo pensaba, como un estúpido egoísta, si se pudieran cerrar los oídos como se cierran los ojos y, así, dejáramos de oír como dejamos de ver las imágenes que no nos gustan o nos molestan... Pero no, el Homo Sapiens en sus miles de años de evolución no ha llegado a tal punto de adaptación a su medio. En esta sociedad del espectáculo como la denominó el pensador francés Guy Debord a mediados de los setenta, los límites de lo público y lo privado se confunden y la corriente de imágenes se lo lleva todo, no es uno mismo quien dirige a su gusto ese resumen simplificado del mundo sensible. ¡Qué difícil el silencio! Un café tras otro y otro tras otro; y uno más para entretener el cansancio, y la espera del siguiente parte médico. Quizás en otro bar, en otra cafetería, en ese otro restaurante que está un poco más lejos no haya ruido de televisores, de radios, de tantas máquinas tragaperras, de teléfonos móviles...; tal vez allí la tiranía de las conversa-

Silencio, por favor, silencio

A. B. Márquez

ciones en su loco empeño de hacerse oír sin escuchar. de imponerse una por encima de las otras, deje un hueco y sea posible un poco de calma. Pero no, no era posible la calma ni el silencio; si te ibas al rincón más apartado de la sala de espera podían llegar dos mujeres atribuladas diciéndote que se habían quedado sin batería en los móviles y que si por favor les ayudabas con la "gabina", ¿la qué? Sí, la gabina, que si yo tenía algo suelto *pal teléfono de las monedas...* y si podía ayudarlas porque no entendían la "gabina" ¿Cómo no prestar ayuda al que la necesita? Y nada, pues, otra conversación de auxilio, o de tragedia o de un nuevo nacimiento.

Fiel como pretendo ser a esa enseñanza de mi padre de no abandonar las cosas difíciles, a perseverar en los sueños por imposibles que parezcan, yo buscaba el silencio como, ya digo, si buscara una aguja en un pajar. Intentaba ser comprensivo con los que me rodeaban, me decía también eso de "El que habla o canta su mal espanta" pero yo no tenía ganas ningunas de hablar y buscaba mi tesoro; no tenía tampoco ganas ningunas de escuchar, agotado conforme estaba de no dormir por tener que hacer compatible mi trabajo con la situación que de repente se había presentado en ese pueblo de Albacete, en donde la gente me miraba como a un forastero y querían saber:

-Y a usted, qué es lo que le ha traído por aquí aunque me diga "lecinciá".

Me limitaba a contestar: mi padre, estoy aquí por mi padre. Pero no se conformaban sólo con eso y querían saber más. Un accidente ¿no? Sí, un accidente. Y entonces empezaban a contarte las razones de su espera con todo tipo de lujo en los detalles más escabrosos. O de repente una señora vestida de negro al oír tal noticia se tiraba al suelo y se revolcaba chillando y dando patadas. Resultaba tan difícil encontrar el silencio como intentar consolar a mi madre, a mis hermanos, a mis primos... Tan difícil como aceptar la muerte cuando no la esperas, comprenderla. Me decía, si al menos yo creyera como ellos creen en Dios y en la vida eterna. La religión puede servir de consuelo, es un lenitivo y me intentaba agarrar a ese placer equivocado que produce la conmiseración de uno mismo. Pero no quería dejarme arrastrar por ese camino de culpas y pecados, ser la víctima. Sólo quería aceptar que la fe en la que fui educado no me sirve, simplemente, como otras muchas veces he aceptado que esa idea tan grande de Dios, sea cual sea, después de estudiar tantos credos, de leer tantos textos como las civilizaciones inventan y llaman sus libros sagrados, no puede haber en mi cabeza pequeña y materialista. Pensé, llegué a pensar en esos momentos de tanta tensión, puede que Dios no sea otra cosa que este tesoro que busco, ese silencio tan difícil de hallar. Puede que la idea que los hombres han inventado acerca de Dios no sea otra cosa que el silencio infinito del que venimos y al que volvemos después de la muerte. No, Dios, el único Dios hoy día, es sólo una palabra escrita en inglés ese simbolito de una S con dos tachas verticales que lo dicta todo, que todo lo ve y está en todas partes.

Recordaré estos momentos, me decía. Y ahora los estoy recordando. Ese momento de tanta tensión o agotamiento en el que la imagen de un cristal saltando en el aire, hecho añicos, me resultaba imposible apartar de mi cabeza y creí volverme loco y poniéndome de pie grité, suplicando con todas mis fuerzas: ¡Silencio! Por favor

¡silencio! Pero no me oyó nadie. No pudieron oírme porque no somos educados para la escucha y porque además lo grité tan bajo, tan en silencio, tan flojo como me encontraba allí, de pie, con las piernas temblando en mitad de la sala de espera que lo único que conseguí fue captar la atención apenas dos, tres segundos y siguieron los teléfonos móviles y las conversaciones, la sirena de una ambulancia...

Doce días después de que mi padre ingresara de urgencias, cuando los médicos levantaron el orden de aislamiento me decidí a pasar a verlo. Anteriormente me había negado a visitarlo en las condiciones que mi madre y mis hermanos me decían que se encontraba y a través de un cristal, sin poder siquiera rozarlo con mi voz, sin poder acariciarlo con mis manos y directamente con mis ojos. Fue entonces, al ver a mi padre conectado a las máquinas, lleno de tubos y cables cuando sentí la certeza de lo que estaba pasando, de lo que estaba por pasar. Ese silencio que durante tantos días había estado *mendingando* (*mendigando*, vaya un verbo espantoso, no debería ser posible conjugarlo) por estaciones de tren, por bares y cafeterías, en la sala de espera del hospital, estaba ahí, delante de mi y mi padre me lo ofrecía, se lo entregaba a su hijo conflictivo, porque él no iba a volver a hablarme más ni con su voz, ni con sus ojos, ni con sus manos. Y así iba a ser para siempre, según los médicos. Ya no iba a contestar a mis recuerdos. ¿Te acuerdas, padre, de aquellos veranos cuando te ibas a bucear y nos traías caracolas y erizos y estrellas de mar e inventabas historias de las profundidades? Hablabas del silencio submarino, y de aquel personaje: El indiete.

-¿Por qué me preguntas algo, padre, cuya respuesta ya conoces?

-Pues por hablar contigo, hijo mío, y no estar callados.

Era él, ahora, el que permanecía callado. Supe que mi padre no iba a volver a mirarme porque así nos lo habían ido indicando los médicos y lo comprendí allí, en el pasillo tranquilo de la unidad de enfermos críticos, donde había tenido que salir porque me resultaba imposible permanecer en la habitación con mi pena de congoja y de llanto, con el silencio de mi padre. Miraba el jardín exterior, veía los olivos, el ciprés, la línea que formaban los tablonnes de madera separando la grava del césped y ese silencio de otro orden vegetal o mineral, de mi padre gobernándolo todo. No sé cuanto tiempo allí, silencioso. No pudo ser más de los treinta minutos permitidos para las visitas. No lo sé, no podría precisar ese tiempo porque caben tantas cosas en unos minutos de silencio. Recuerdo que me sacó de mi abstracción un galgo negro que pateaba la verja metálica que separa el jardín de la calzada. Y de nuevo el ruido y la furia de la vida; y mis sentimientos enfrentados como lo están siempre los intereses de un trabajador con los de su empresa, porque yo no quería irme y dejar a los míos con mi ausencia pero tenía que hacerlo. Mi padre decía que el trabajo era siempre la primera obligación. Pero yo no estaba de acuerdo con él en tantas cosas... Salí de la zona de enfermos críticos y otra vez los teléfonos móviles las conversaciones estridentes y yo con mi pregunta de otro planeta: ¿Por qué no leen, por qué no recuerdan y se fijan en los letreros? "Al entrar al servicio de urgencias recuerden apagar sus teléfonos móviles, así evitarán molestar a los demás y las interferencias con otros aparatos

Pero no, no leemos, ni recordamos porque las imágenes del mundo sensible nos son impuestas y el marketing se impone en nuestras conciencias dóciles y adiestradas: la seducción prima sobre la razón. Así la conversación de la sala de espera y los comentarios a la reciente campaña de Felipe de Borbón y Borbón y Leticia Ortiz, su reciente visita a ese hospital.

-Pero ¿los visteis, los visteis de verdad?

-Como de aquí a ahí.

-Y ¿cómo es? ¿Cómo es ella en carne y hueso?

-¡Anda! cómo quieres que sea, igualica que en las revistas, mu reseca, mu retiesa y mu requeteoperá.

Alguien preguntó qué había sido del que se llevaron los policías cuando intentaba terminar una pintada de la bandera de la republica.

-¡Ea! lo habrán metido preso...

Otro alguien contestó.

-A ver. Con una "e" muy larga.

La esquila de la muerte de mi padre apareció en uno de los diarios poderosos, en uno de esos periódicos de toda la vida en el que dominan las ideas que se suelen llamar "como Dios manda." Unas páginas más delante, una calle más arriba o más abajo, valga la metáfora, en otra esquina cercana, el tenderete de la carnicería protegido bajo el toldo de la Libertad de Expresión y con sus luces rojas parpadeantes: "Busco hombre para ponérselos a mi marido" o "Chicas de tu ciudad. Viciosas. Jóvenes. Maduras. Casadas. Solteras. Calientes. Atrevidas." "Queremos sacar a las prostitutas no sólo de la calle sino de la prostitución". Había dicho una diputada. Y yo, a mi padre, le había dicho lo que otras muchas veces había señalado en nuestras conversaciones acaloradas. Sacarlas de la calle y de la prostitución, el oficio más viejo del hombre, os va a costar bastante trabajo; pero de vuestros periódicos es mucho más fácil echarlas y sin embargo no lo hacéis. El porqué, papá, tiene una fácil respuesta porque el negocio es el negocio y el dinero dicta duramente su ley. A las editoriales, como a casi todas las empresas no les importa mucho el olor del dinero, tiene el mismo valor proceda de donde proceda. Y quienes escriben para esas editoriales, a esas cabezas que vemos discutir en los debates de TV tan razonadamente con las de nuestros políticos les hace mucha gracia el famoso chiste de Groucho Marx y sus principios. Pero esto último forma ya parte de las conversaciones del pasado, del último verano con mi padre vivo que buscaba auxilio en mi madre para decirle que qué iban a hacer conmigo y mis ideas, que de dónde las sacaría. Escribo que la esquila de mi padre se publicó, desconozco el precio, en un periódico con muchísima influencia porque en una familia numerosa y democrática uno es siempre minoría y ya se sabe que las opiniones de las minorías no cuentan, son silenciosas e incluso aunque se intenten razonar tampoco se respetan. En unos minutos de silencio caben tantas cosas intangibles, tanta memoria, tanta imaginación, tantos deseos, tanto respeto..., que resultan imposibles definir. En un rectángulo limitado enmarcado en negro caben algunas palabras, algunos nombres, una profesión, la fecha de un funeral, el nombre de una parroquia, un triduo de misas, mucho dinero... Mi padre y yo diferíamos en nuestras ideas pero a los dos nos parecía injusto que un rectángulo en cualquier editorial (de izquierdas, del centro o de la derecha) valiera más, bastante más que la paga mínima de una viuda o el salario mínimo de un trabajador, por poner sólo dos ejemplos.

Recordará, el aprendiz de ése su oficio de vivir, la dura experiencia de la muerte ajena, esa experiencia propia que se experimenta cada vez que alguien cercano se marcha. Recordará ese silencio ofrecido, y mantendrá vivo su recuerdo, por difícil tarea que pueda parecer encontrar un tesoro en medio del ruido y la furia de esta loca vida.